

Tauroética

El debate en el Parlamento de Cataluña sobre la abolición de las corridas de toros en esa comunidad ha vuelto a poner de actualidad una vieja polémica: ¿Es un espectáculo cruel y brutal, residuo de lo peor de nuestro pasado? ¿O una manifestación artística de pura raigambre española? El núcleo de la discusión es sin duda de carácter ético. Quienes piden que se prohíba la fiesta taurina no lo hacen por razones estéticas ni dudan de que sea tradicional sino que cuestionan su moralidad. A fin de cuentas, se trata de una cuestión filosófica, no folklórica o sentimental. En ella se centra este libro. No es un alegato a favor de las corridas de toros, sino contra las argumentaciones moralistas de quienes quieren suprimirlas. Sobre todo, es una reflexión sobre nuestras relaciones con los animales y la diferencia esencial entre los miramientos que debemos tener con ellos y las obligaciones éticas que tenemos con los humanos.

Fernando Savater ha sido durante más de tres décadas profesor de filosofía en el País Vasco y Madrid. En su niñez leyó muchos libros de zoología, así como relatos de exploradores y sobre cacerías exóticas. Mantuvo los habituales escarceos de la época con periquitos, hámsters y gusanos de seda; hasta hubo un gato en su vida... Aficionado intermitente a las corridas de toros, su pasión predominante son las carreras de caballos. No caza ni pesca, pero come de todo. Por lo demás, incapaz de matar a una mosca.

Fernando Savater

colección
Mirador

DOSSIER DE PRENSA

TURPIAL

EDICIONES TURPIAL

C/ Guzmán El Bueno, 133 - 2º (Edificio Britannia)
28003 Madrid
www.turpial.com
Tel: + 34 91 534 92 85
Fax: + 34 91 534 74 72

PARA MÁS INFORMACION CONTACTAR CON:

Isabel Mallat

Periodista departamento de prensa
imallat@turpial.com
+34 659 67 58 85

Minerva Cuéllar

Directora de prensa
minerva.cuellar@turpial.com
+34 690 92 56 82

Javier Barbero

Director editorial
jbarbero@turpial.com
+34 675 51 21 57

Ilustración de cubierta: © Mela Blanco Lara
Diseño gráfico: MacKelo®
© 2010, Fernando Savater
© 2010, Ediciones Turpial, S. A.
Reservados todos los derechos

Biografía



Fernando Fernández-Savater Martín, filósofo y escritor, nació en San Sebastián en 1947. Desde muy joven sintió pasión por la literatura y formó parte de algunos grupos teatrales de aficionados. Se doctoró en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid con una tesis sobre Nietzsche. Ejerció brevemente durante el franquismo como profesor en la Universidad Autónoma de Madrid, de la que fue expulsado por razones políticas. Reanudó su actividad en la enseñanza como profesor de Ética y Filosofía en la UNED, y más tarde fue catedrático de Ética en la Universidad del País Vasco y, hasta su jubilación en 2008, de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Ensayista, novelista y autor dramático, ha publicado incontables artículos periodísticos, muchos de ellos en El País, diario en el que colabora desde su primer número. Es también director de la revista Claves junto a Javier Pradera.

Autor de medio centenar largo de obras traducidas a más de dieciocho idiomas, entre sus primeros ensayos destacan Nihilismo y acción, La filosofía tachada y Panfleto contra el Todo, y entre los más conocidos figuran La infancia recuperada, Ética para Amador, Diccionario filosófico y El valor de educar. Ha publicado además novelas, obras de teatro, memorias...

Entre otros muchos galardones, ha recibido el Premio Nacional de Ensayo en 1982 por La tarea del héroe, el Premio Anagrama de Ensayo en el mismo año por Invitación a la ética, el Premio Francisco Cerecedo de periodismo en 1997, el Premio Ortega y Gasset de periodismo en 2000 y el Premio Planeta en 2008 por su novela La hermandad de la buena suerte

Influido por Nietzsche, Cioran y Spinoza, Savater se considera un filósofo "con minúscula y si es posible en francés del ilustrado siglo XVIII". A lo largo de toda su vida ha participado activamente en el debate social y político, y desde posiciones primero libertarias y después liberales defiende una postura antinacionalista: "el nacionalismo en general es imbecilizador". Defensor de una sociedad laica, del español como lengua común y de la libertad de decisión y de pensamiento ("piense usted lo que quiera, pero piénselo"), colabora con el partido Unión Progreso y Democracia UPyD.

"Sí, en el toreo está presente la muerte, pero como aliada, como cómplice de la vida: la muerte hace comparsa para que la vida se afirme".

Tauroética

Fernando Savater

Fernando Savater presenta TAUROÉTICA



TAUROÉTICA de Fernando Savater (Ediciones Turpial, 2010)

La actualidad nos abre un viejo debate: la primacía de los valores simbólicos, artísticos y festivos del espectáculo taurino o, en el polo opuesto, la superioridad de los argumentos defendidos por los detractores de la llamada “fiesta nacional” al recalcar la extrema crueldad y el culto a la sangre de un ritual anacrónico y de dudoso gusto.

Sin duda, el núcleo de la discusión es de carácter ético. A fin de cuentas, se trata de una cuestión filosófica, no folklórica o sentimental. En ella se centra el libro Tauroética de Fernando Savater, publicado por Ediciones Turpial dentro de la colección Mirador.

No es un alegato a favor de las corridas de toros, sino contra las argumentaciones moralistas de quienes quieren suprimirlas. Nos encontramos ante una reflexión sobre nuestras relaciones con los animales y la diferencia esencial entre los miramientos que debemos tener con ellos y las obligaciones éticas que tenemos con los humanos.

“...En las corridas de toros lo que hay es propiamente más crudeza que crueldad: porque vemos en el ruedo una cruda realidad que alcanza niveles simbólicos y sugerencias alegóricas sin enmascarar nunca por completo su fiereza desasosegante y cruda. Esa realidad que se muestra es la realidad de la muerte, cuya anticipación ciertísima constituye el elemento clave que funda nuestra conciencia humana...” (Pág. 67)

“...El daño que causamos a los animales —aseguran los utilitaristas y asimilados— no es necesario, o sea va contra los intereses de esas pobres víctimas. El toro no quiere ser lidiado, ni la gallina poner huevos para alimentarnos, ni el caballo correr o tirar del carro ni el cerdo aprovisionarnos de jamones y chorizos o de piel para hacer zapatos: todo eso va contra sus intereses animales. Quizá ni siquiera el perro desee mover el rabo al ver a su dueño, por no hablar de los gatos a los que se castra para impedirles procrear camadas indeseadas, etc. Pero ¿en qué consiste el interés de todos los animales llamados domésticos, es decir, los que viven en simbiosis con el hombre desde hace tantos siglos? Porque ya no responden a la mera evolución natural, sino que son el producto de una selección y cría orientada por la voluntad humana.” (Pág. 39)

Para más información, podéis entrar al sitio o contactar con:

www.turpial.com

MARÍA ISABEL MALLAT GARCÉS

Ediciones Turpial

Departamento de Prensa

+ 34 659 67 58 85



Extractos de Tauroética

Por su parte, los voluntariosos antitaurinos han acuñado el lema «la tortura no es cultura», aunque en eso también se equivocan porque la tortura sí que es cultura, qué va a ser si no, lo mismo que los misiles tierra-aire o el espionaje industrial. Pero podrían haber sostenido que la tauromaquia —torturadora para ellos— es inevitablemente cultura, y sin embargo les parece rechazable... como tantas otras producciones culturales a las que a veces nos resignamos o en otros casos intentamos erradicar. Por ejemplo de estas últimas, la tortura de seres humanos, por muy cultural que sea en cualquiera de sus formas. (Pág. 17)

Los esclavos consiguieron su emancipación no gracias a defensores de sus derechos que proclamasen la indignidad de que seres humanos fueran tratados como animales sino a bondadosos abogados convencidos de que ni siquiera los animales deben ser tratados como esclavos. Es decir, se estableció una continuidad esencial entre los animales irracionales y los racionales, de tal modo que lo importante dejó de ser la capacidad de elegir que distingue a los segundos de los primeros y pasó a ocupar su lugar la gradación en la conciencia del dolor y el interés de rehuirlo, que comparten según su escala de sensibilidad unos y otros. (Pág. 37)

Ahora bien: ¿qué significa exactamente causar dolor a los animales? Y ¿qué es lo que estos necesitan? Por supuesto, los animales sufren, como el resto de los seres vivos: de hecho, buena parte de las bestias que jamás han tenido contacto con el hombre padecen en ciertos momentos de su vida y me atrevo a decir que en general aún más que la mayoría de los gatos, perros, caballos, vacas, toros, etc. que conviven con los humanos. La Naturaleza —sea lo que fuere el conjunto de fatalidades que designamos con esa prosopopeya— programa o consiente cacerías, hambrunas, matanzas y aún refinadas torturas (jesos insectos de afilado aguijón que ponen sus huevos en el cuerpo de una víctima paralizada por su veneno para que al crecer las larvas se alimenten de la presa aún viva!) que aseguran a los animales una existencia tan dolorosa como, por ejemplo, la nuestra. (Págs. 37-38)

El daño que causamos a los animales —aseguran los utilitaristas y asimilados— no es necesario, o sea va contra los intereses de esas pobres víctimas. El toro no quiere ser lidiado, ni la gallina poner huevos para alimentarnos, ni el caballo correr o tirar del carro ni el cerdo aprovisionarnos de jamones y chorizos o de piel para hacer zapatos: todo eso va contra sus intereses animales. Quizá ni siquiera el perro desee mover el rabo al ver a su dueño, por no hablar de los gatos a los que se castra para impedirles procrear camadas indeseadas, etc. Pero ¿en qué consiste el interés de todos los animales llamados domésticos, es decir, los que viven en simbiosis con el hombre desde hace tantos siglos? Porque ya no responden a la mera evolución natural, sino que son el producto de una selección y cría orientada por la voluntad humana. (Pág. 39)

Está claro: sin hipódromos de competición dejará de haber caballos de carreras y sin corridas desaparecerán los toros de lidia y las dehesas. Un ejemplo de la alarma social producida por ciertas iniciativas humanitarias fue lo ocurrido en Inglaterra cuando los laboristas de Tony Blair (más sensible al padecimiento de los zorros que al de los iraquíes) decidieron abolir la caza con perros y a caballo. Muchas de las admirables características del campo inglés se deben a ese deporte, porque los cazadores deben pagar a los propietarios rurales por los que pasan las jaurías y eso permite una alternativa rentable a los cultivos que homogeneizan el paisaje. De modo que en las manifestaciones de protesta contra esa prohibición hubo miles de ciudadanos que vivían en el campo y del campo, frente a los partidarios ecologistas de la medida que en su inmensa mayoría eran urbanitas que jamás habían visto de cerca un zorro ni salían a campo abierto más que para tomar el aire los fines de semana. En ciertas ocasiones, seguir los dictados del buen corazón que no escucha las razones de la cabeza puede traer serios daños colaterales... (Págs. 49-50)

Extractos de Tauroética



Los hombres somos los animales que vemos morir y comprendemos la fatalidad que encierra la muerte, frente a la cual buscamos ánimo como podemos: nuestra mirada sobre la muerte, convertida en poesía o en juego arriesgado, se vuelve contra nosotros y es la venganza de los animales que perecen sin súplica ni protesta. A través de los siglos y de las diversas culturas la escena primordial —el hombre, la fiera, la muerte y la habilidad para esquivarla— ha debido tener lugar según rituales muy diferentes. Algunos, elementales y sin matices en su crudeza sanguinaria, han desaparecido con el refinamiento

cívico de las costumbres y la estética; otros se han ido estilizando, codificados como una danza popular en la que se expusiera la vida. Las corridas de toros pertenecen a este último género y quizá lo representan ya de forma única y por tanto insustituible, pese a las degeneraciones comerciales y turísticas que no es difícil señalar en ellas. Para decirlo todo, son estas formas de degradar la fiesta lo que constituye la mayor amenaza para su supervivencia, mucho más que las iniciativas prohibicionistas de los antitaurinos. (Págs. 51-52)

Yo no practico la caza ni la pesca —aunque consumo sus productos— ni sería capaz de trabajar en un matadero: conozco lo que repugna a mi sensibilidad, pero no tendría la arrogancia de convertirlo en norma ética impuesta a todos. (Pág. 55)

Me recuerdo cruzando una plaza empedrada, vacía, aún doblegada por el último sol fuerte del día. De pronto se oyó un tañer de esquilas y por uno de los extremos laterales aparecieron trotando tres bueyes blanquinegros que cruzaron frente a mí hacia el campo cuyos árboles apuntaban detrás de las últimas casas. Me sobresaltaron un poco pero los vi pasar con arrobo y agradecimiento, porque se convertían en la anécdota heroica de la tarde que pensaba contar de inmediato a mis abuelos. Fue entonces cuando detrás de ellos, enorme y azabache, llegó el toro. Ni respirar pude, no ya moverme: llevaba alta la cabeza armada y por un momento pareció vacilar el garbo ágil de su paso, como si dudase entre seguir a los mansos o venir a visitarme más de cerca. Cerré un instante los ojos para que aquello resultara un sueño y enseguida fuese a despertarme ya en la seguridad confortable de la cama. (Págs. 62-63)

En las corridas de toros lo que hay es propiamente más crudeza que crueldad: porque vemos en el ruedo una cruda realidad que alcanza niveles simbólicos y sugerencias alegóricas sin enmascarar nunca por completo su fiereza desasosegante y cruda. Esa realidad que se muestra es la realidad de la muerte, cuya anticipación ciertísima constituye el elemento clave que funda nuestra conciencia humana. (Pág. 67)

Ficha técnica

Título: Tauroética

Autor: Fernando Savater

ISBN: 978-84-95157-29-4

Páginas: 96

Formato: 155 x 220 mm, cartóné

PVP: 12 EUROS

Colección Mirador

Ediciones Turpial, Madrid, septiembre de 2010



Tauroética

Fernando Savater

Fernando Savater ha sido durante más de tres décadas profesor de filosofía en el País Vasco y Madrid. En su niñez leyó muchos libros de zoología, así como relatos de exploradores y sobre cacerías exóticas. Mantuvo los habituales escarceos de la época con periquitos, hámsters y gusanos de seda; hasta hubo un gato en su vida... Aficionado intermitente a las corridas de toros, su pasión predominante son las carreras de caballos. No caza ni pesca, pero come de todo. Por lo demás, incapaz de matar a una mosca.

colección
Mirador

Títulos anteriores

Microcréditos y pobreza.

De un sueño al Nobel de la Paz,
Maricruz Lacalle Calderón

Amnistía internacional.

Crónicas de una organización incómoda,
José Antonio García Muñoz

Movimientos cívicos.

De la calle al Parlamento,
Carlos Martínez Gorriarán

Para la libertad,
José María Calleja

Tauroética,
Fernando Savater